

Como corceles dirigidos por diestros ginetes, todos los navíos se movieron á tomar su lugar en la línea de combate, que se formó sobre la columna de los que iban á Sotavento, y muy pronto pudo, á pesar de la oscuridad de la noche, comprenderse que la línea estaba ya formada y los navíos mercantes á retaguardia.

Entonces comenzaron ya los preparativos para el combate.

XI.

El Ilustre "Cántabro."

ENTRE los navíos mercantes que caminaban al amparo de la real flota española, se contaba uno que mas parecia vogar por la fe de su capitan y por un prodigio, que por la disposicion de su aparejo y la resistencia de su casco.

Llamábase pomposamente *El Ilustre Cántabro*, y viejo y mal servido, parecia arrastrarse sobre las olas como una gaviota herida de una ala, y apenas soltando todo su velámen, podia seguir la derrota de sus protectores los navíos de la real armada.

El capitan de aquel milagro náutico se llamaba Don Simeon Torrentes, viejo marino, gruñon aunque taciturno, que decia cada juramento que hacia temblar la arboladura, y que dirigia á la tripulacion con menos miramientos que un tratante de mulas en la Nueva España á su mercancía.

Los marineros, cortados por el mismo molde, eran casi todos viejos, y habian visto crecer su barba y encanecer su pelo en los vaivenes de su buque; y si no pareciera una

exageracion, podria decirse que hasta los grumetes del *Ilustre Cántabro* peinaban canas.

Este navío recibió como pasajeros que se dirigian á la Veracruz, á tres personajes conocidos nuestros.

A la señora Magdalena.

A Julia de Lafont, su hija.

Y á Pedro Juan de Borica, el ex-desollador de la aldea de San Juan de Goave.

Ningun pasajero mas se atrevió á fiar su vida á la suerte que corrieran las mal seguras tablas del «*Ilustre Cántabro*,» y bien por esto ó por otras razones que no están á nuestro alcance, el mal genio de Don Simeon Torrentes se exacerbó, y Pedro Juan, el Oso-rico, con todo y su nueva familia, fué secamente recibido á bordo.

—Mala facha tiene este hombre—dijo Pedro á la señora Magdalena.

—Como todos los españoles—contestó ella indiferentemente.

—¡Magdalena! ¡Magdalena!—dijo Juan—¿esto es lo pactado? Conveniste conmigo desde el dia de nuestra boda en que no volverias á hablar mal de los españoles.

—Es cierto, y perdóname—contestó ella;—pero algunas veces estas cosas las digo sin reflexionar.

Juan comenzó á sentir á poco los síntomas del mareo, y determinó dar un paseo sobre cubierta para buscar el aire que soplaba favorable á la embarcacion.

El «*Ilustre Cántabro*,» desplegando todas sus velas, se arastraba pesadamente sobre las olas, con un movimiento verdaderamente infernal.

El capitan fumaba una pipa sobre cubierta, cuando apareció por una de las escotillas la cabeza del desollador.

El capitan lo vió y apartó los ojos con disgusto, lanzan-

do entre dientes una maldicion: era indudable que Juan merecia todo el desagrado de Don Simeon Torrentes.

Juan dió algunos pasos, y fué despues á recargarse en la obra muerta, mirando tristemente el horizonte; Don Simeon continuaba tranquilamente fumando y lanzando al aire enormes bocanadas de humo, y dirigiendo de cuando en cuando rencorosas miradas á Juan, que ni siquiera le veia.

El *Ilustre Cántabro* parecia mas pesado en estos momentos, y las nubes de humo que arrojaba la pipa del capitan flotaban sobre su cabeza un rato sin disiparse, y luego en ligeras espirales se elevaban al cielo.

Era que el viento habia aflojado y las velas comenzaban á deshincharse.

—¡Mil rayos en la «Santa-Bárbara!»—gruñó el viejo capitan;—he aquí el viento que se nos va.....

Y se puso á contemplar el horizonte.

—Y sin razon, y sin razon—continuó.—Trágueme el agua si todas las señales no son favorables; pero el *Ilustre Cántabro* está mas pesado que si corriéramos el viento en una mar de miel..... Por vida del demonio, esta mala facha de pasajero tiene la culpa; él nos espanta el viento: pese á Dios que si no se baja, esta noche se lo doy de cenar á los tiburones.

Juan, que buscaba fresco y aire sobre cubierta, solo encontró sol y calma, y no sintió alivio, y entonces volvió á dirigirse á una escotilla y desapareció.

Por una casualidad, en el momento en que el capitan le perdía de vista, una ráfaga de viento fresco que venia rizando las olas, pasó sobre el *Ilustre Cántabro*, haciendo tenderse sus lienzos y rechinar su vieja arboladura.

Don Simeon Torrentes lanzó una exclamacion, no de gusto, sino de ira.

—¡Por todas las tempestades del infierno! ya está claro: ese condenado que confunda Dios, ese pasajero que mas parece un oso que un cristiano, y á quien en mala hora admití; ese, claro está, ese es el que espanta los vientos y el que en un descuido nos da un dia fatal. Pero si se alborotan las aguas, lo juro por los regañíos de mi abuelo, que le encajo al mar hasta que los tiburones den cuenta de él.

El viento siguió soplando hasta la tarde, en que volvió á aflojar completamente, en el momento en que Juan quiso llevar á la señora Magdalena sobre cubierta.

Entonces el capitán no estaba allí, y no pudo ver á Juan; pero debió notar el movimiento tardío del *Ilustre Cántabro*, porque á poco se apareció, dirigiendo una mirada inquieta á las velas que colgaban flojas é inmóviles: paseó despues la vista en su derredor, y descubrió á Juan y á la señora Magdalena.

Su furor no conoció ya límites, porque para él, Juan era el que le hacia mal al viento, el que lo espantaba; era, por consiguiente, el que causaba el retardo y el peligro con los piratas, si andaban cerca como se decia.

Don Simeon se dirigió precipitadamente á Juan, que hablaba con la señora Magdalena, mirando al mar; llegó hasta donde ellos estaban sin que lo advirtiesen, y parándose detrás de ellos, exclamó, dando una tremenda patada que hubiera hundido la cubierta de otro buque menos acostumbrado á ellas, que el *Ilustre Cántabro*.

—¡Por vida de todos los diablos y demonios del infierno!.....

Juan y su mujer se volvieron á verle espantados.

El capitán, apretando los dientes y los puños, miraba al desollador moviendo al mismo tiempo la cabeza; Pedro Juan hubiera retrocedido si le hubiera sido posible.

—¡Hum!.....—decia Don Simeon, procurando contenerse.

—¿Pues qué mandábais?—preguntó haciendo un esfuerzo Juan.

—¡Mirad!—le contestó el capitán, tomándole de un brazo y mostrándole las velas casi inmóviles.

—¿Amenaza mal tiempo?—preguntó candorosamente Juan.

—Lo que amenaza es que os prohibo volver á poner un pié sobre cubierta mientras dure este viaje.

—¿A mí?

—Sí, á vos; ó por el alma de todos los ahogados, os juro que os mando arrojar al mar si dejais de obedecerme.

Juan palideció.

—¿Y por qué?—preguntó con energía la señora Magdalena.

—¿Por qué? ¿y preguntais eso, señora? ¡Con dos mil rayos! ¿no estais viendo que el aire afloja y se va en cuanto este hombre se aparece por aquí?

—¡Pero eso es imposible! ¿qué tiene que ver?—insistió la señora Magdalena.

—Vos sois la que nada teneis que ver, señora, porque así entendeis vos de marina como yo de Papa; estas son cosas que no alcanzan las mujeres: idos á hacer calcetas por allá abajo, y llevaos á este hombre, si tanto os interesa, porque os aseguro, por el dia en que me coman los tiburones, que no me contengo y os mando arrojar al agua, si no lo hacen antes de por sí los marineros.

—¡Dios nos ampare!—exclamó Juan.

—Pero esta es una injusticia—dijo la señora Magdalena.

—¿Qué sabeis vos! Injusticia ó no, el navío no anda y puede perderse, y yo soy responsable, y aquí solo yo mando, y no mas.

—Vámonos—dijo tristemente Juan, y tomando de la mano á la señora Magdalena, volvieron á bajar á su cámara.

Julia pasaba triste y silenciosa sus dias, tenia fe en las promesas y en el amor de Antonio, y sin embargo, se habia apoderado de su corazon una profunda melancolía, y no hacia otra cosa que llorar cuando estaba sola, y pensar en Brazo-de-acero cuando estaba delante de otras personas.

Los bosques de la isla Española, las montañas que recorrian los cazadores, las callecitas tristes de la aldea de San Juan de Goave, todo, todo era para aquella pobre Julia un recuerdo dulcísimo, pero un puñal para su corazon.

Todos han hablado de eso que se llama ausencia, mal unos, bien otros, perfectamente otros, y sin embargo, nadie comprende su amargura si no la siente ó la ha sentido alguna vez.

La ausencia de una persona amada, es indudablemente una de las especies mas terribles de ese mal que ha conve-nido en llamarse nostalgia. Es la contrariedad del deseo con la fijeza de un recuerdo, la impotencia de la voluntad para apagar la memoria ó para dominar al corazon; es un mal que no tiene mas que dos remedios, pero que son casi un imposible: ú olvidar ó dejar de amar; esto es, recordar sin pasion, ó dejar aquella pasion en el olvido: de esta lucha viene el desaliento, la tristeza, la misma muerte.

Julia se sentia desfallecer recordando la isla Española, donde se habia criado; creia que cuando volviese á encontrar á Brazo-de-acero, en ninguna parte seria tan feliz como en la aldea de San Juan.

La pobre niña no habia visto mas que una faceta de ese brillante que se llama la vida, y creia, como todos los que comienzan á entrar en ella, que solo por un lado destella.

Julia habia visto al mundo por el agujero de una llave, y aun no lo entendia.

La señora Magdalena, en su segunda luna de miel, apenas hacia caso de su hija: en cuanto á Juan, miraba á Julia cada dia con mas ilusion, saboreando en su interior el dia de su triunfo, que creia tan seguro como cercano.

El trato diario é íntimo no habia hecho sino encender mas y mas la pasion y el deseo en el pecho de Juan: cuando un hombre concibe un amor por una mujer y vive á su lado, si este amor no es correspondido, si lo ignora la misma que lo causa, entonces se convierte en una pasion volcánica y en un tormento infernal; un descuido, una casualidad, una ligera falta de precaucion, hacen entrever á aquel desgraciado tesoros, para él infinitos, de gracia y de placeres, que por lo mismo que le parecen imposibles de obtener, son el incentivo mas poderoso de aquella pasion.

Así habia sucedido con Pedro Juan, aunque él alimentaba la esperanza de que por fuerza ó de grado, aquella mujer debia ser suya, y en su cerebro comenzaba ya á germinar la idea de acortar el plazo y precipitar el desenlace.

El Oso-rico luchaba con ese pensamiento, que no lo dejaba tranquilo un solo instante, aumentando así el malestar que sentia en el *Ilustre Cántabro*; por eso buscaba aire sobre cubierta, por eso sentia que se ahogaba en la cámara.

Cuando Pedro Juan y la señora Magdalena volvieron al lado de Julia, ésta fingió dormir porque no turbasen sus meditaciones, porque pensaba en Antonio, que debia estar muy lejos y expuesto sin duda á grandes peligros.

El desollador, á pesar de que nada se habia atrevido á decir al capitán, estaba furioso, y su mujer procuraba calmarlo.

—Esto es inaudito—decia Juan;—prohibirle á uno que

paga su dinero, sí, su dinero, para venir cómodo, prohibirle que suba á tomar el aire! ¡Infame sayon!

—Cálmate—contestaba la señora Magdalena—cálmate, que esas son preocupaciones de los marinos españoles.....

—Mira, ¿volvemos á lo de los españoles? ¿tú no recuerdas que yo tambien soy español?

—No, no lo digo por desagradarte; tú eres mi marido, y ¿qué podré yo decir contra tí? pero tú ves el trato tan brusco de ese español.....

—Y toma con lo español! Eso no lo hace por español, que lo mismo diria cualquier francés.....

—No, Juan, no; mis paisanos son otra cosa.....

—¿Cuánto vamos apostando á que este sayon resulta francés?

—Dejemos eso, hijo mio, que sea cual fuere su nacion, á mí me ha indignado lo que ha hecho contigo; pero ten calma, al fin serán pocos dias.

—Sí, pocos dias, quince cuando menos, ó sabe Dios.....

—Es cierto.....

—Si estos capitanes de los navíos son unos tiranos que nos tratan á los hombres de tierra como carga, peor, como negros.

—¡Eso es infame!

—¿Sí? pero lo que soy yo, no lo he de obedecer así no mas, que no es el rey de España, y de subir tengo á la cubierta, mal que le pese, y si mucho me hace, hasta la cofa, ó como se llame.....

—¡Dios nos ampare!

—Dentro de un momento vuelvo.

—Haz lo que quieras; pero procura tener prudencia, y que no te vea, siquiera para evitar un disgusto.

—Bueno, bueno; ya veremos.

Algo mas calmado de ánimo, aunque mas agitado por el mal de mar, Pedro Juan procuró descansar un momento; se recostó y procuró dormirse, pero le fué imposible.

La noche habia cerrado, y él no encontraba postura cómoda.

Levantóse violentamente y como con rabia, trepó la escalera y volvió á encontrarse sobre cubierta; el viento fresco de la noche refrescó su frente, y se sintió mejor.

No parecia por allí el furibundo Don Simeon, y las velas no se aflojaron.

Así pasó largo tiempo sumido en profundas meditaciones; acababa de ver uno de los piececitos de Julia, y aquel pié pasaba y repasaba ante sus ojos, iluminado por un resplandor diabólico, y lo miraba en el aire, en las sombras del firmamento y en el negro fondo del Océano.

Sacudia la cabeza para ahuyentar aquella tentacion; pero el piececito se multiplicaba, y Pedro Juan se lamia los labios como el lebrél que mira destasar una pieza de caza.

En estos momentos, rompiendo el aire, llegó hasta los moradores del *Ilustre Cántabro* el eco sonoro del primer cañonazo de las señales de la escuadra.

Como era natural, casi instintivamente, como una sombra evocada por un conjuro, apareció el terrible capitan seguido de varios marinos.

Hablaban y juraban, sin poner atencion en Juan, que escuchaba espantado aquella conversacion, que se hacia mas y mas animada á medida que las señales eran mas alarmanantes y que se vieron desaparecer las luces de popa de los navíos.

El *Ilustre Cántabro* cubrió tambien su farol.

—¡Por todo el infierno!—decia el capitan—esto se pone sério; mal rayo!..... y quizá vamos á tener combate, y el

Ilustre Cántabro tendrá que mantenerse á la capa, porque no tiene ni una mala boca de fuego.

Las señales seguian, y la escuadra comenzaba á maniobrar formando la línea de combate.

El viento trajo hasta el capitan el toque de zafarrancho de combate.

—¡Doscientas mil centellas! zafarrancho, zafarrancho de combate! ahora sí fué de veras!.....

Y como un loco se dirigió casualmente al lugar en que estaba Pedro Juan escuchando.

—¡Ah!—exclamó al verle—sois vos, sois vos; con razon sucede todo esto, si estais aquí; habíais de hacer de mal ojo: voy á mandaros arrojar al mar ahora mismo.

Y se volvió para llamar á un marinero.

Pedro Juan comprendió que seria capaz en aquel momento de hacer lo que decia, y á pesar de su torpeza, se escurrió por una escotilla.

Cuando el capitan volvió el rostro á buscarle, habia desaparecido, y quizá hubiera seguido en su persecucion, si los cañonazos de señal no hubieran llamado su atencion.

—El enemigo ciñe á babor—exclamó;—es necesario estar listo.

Y comenzó á disponer la maniobra para el caso de peligro.

XII.

El combate y la tempestad.

Al escuchar el almirante de la armada la señal de que el enemigo viraba de bordo, y despues que ceñia á babor, comprendió que trataban los piratas de dar un ataque, y como apenas conocia las naves con que ellos podian contar y su número, determinó violentamente prepararse, y dió órden de formar una pronta línea de combate sobre la columna que marchaba á sotavento.

Esta operacion, segun la táctica de marina, es semejante á lo que los soldados llaman pronta maniobra.

La vanguardia de la escuadra se *pone en facha*, y el centro y la columna de barlovento arriban y se ponen tambien en facha hasta que llegue la de sotavento y quede establecida la línea; pero cada embarcacion, si la línea es pronta, procura tomar un lugar, sin atender á que otros queden atrás, y abriéndoles paso para la colocacion si llegaren á tiempo.